

EDUCANDO A FELIPE

En mi casa éramos tres: mi hijo Felipe, Adrián y yo. Mi marido era un hombre muy ocupado y quería que nuestro hijo aprendiera de todo, mientras fuera creciendo. Entonces, a mi me tocó la tarea de ocuparme de la educación de Felipe. ¡Yo, no hice más, que obedecer a mi marido!

De lunes a viernes por la mañana, lo llevaba y traía del colegio y por la tardes, la rutina era la siguiente:

Los lunes lo llevaba al taller de fotografía de Edmundo Aldaz.

Los martes lo llevaba a clases de natación con el profesor Estrada.

Los miércoles lo llevaba a clases de cocina con el maestro Pinto.

Los jueves lo llevaba al taller literario de Marcela Cruzat.

Los viernes lo llevaba a clases de Ingles con el profesor Díaz.

¡Yo, no hacía más, que obedecer a mi marido!

Los sábados y domingos, descansábamos y compartíamos en familia.

Esto sucedió durante años hasta que Felipe creció y se fue a la universidad, a otra ciudad. Entonces me encontré sola, vacía y sin actividades diarias, comencé a sentir nostalgia y me deprimí. Un domingo, mi marido, mientras leía el diario, me miró por arriba de los anteojos y me dijo:

- ¿Qué pasa Inés? Estas muy silenciosa y triste.
- Creo que extraño todas las actividades que tenía cuando estaba Felipe...
- Busca y algo para hacer –dijo él, mirando el diario.
- Sí, he buscado pero nada me gusta, creo que extraño los talleres a los que llevaba a Felipe.
- Sabes que mientras no interrumpas mis actividades, puedes hacer lo que quieras.

Así fue, como el lunes me fui a tomar clases de fotografía con Edmundo Aldaz, con el que nos sacamos fotos audaces y en distintas poses.

El martes me fui a tomar clases de natación con Estrada y experimenté una nueva sensación: nadar desnuda y al aire libre.

El miércoles me fui a tomar clases de cocina con Pinto, hicimos trampa y compramos comida hecha.

El jueves me fui toda la tarde al salón de belleza.

El viernes me fui a tomar clases de inglés con Díaz. Me leyó poemas de amor, me habló de la luna y las estrellas.

El sábado y domingo, se lo dediqué a mi marido, que después de un largo rato de estar leyendo el diario, sentado en su sillón favorito y en pantuflas, me miró por arriba de los anteojos y me dijo:

- Inés... ¡Te veo bárbara!
- Lo que pasa Adrián, que esto de tener actividades organizadas durante la semana me hace muy bien.

Entonces él me dijo:

- Quiero que sigas con tus actividades y no las interrumpas por nada.

¡Y yo, no hice más, que obedecer a mi marido!